

CLAUDIA
ARÉSTEGUI BUSCAGLIA

Un plato frío

Usted creerá que todo esto es un invento para esconder algo grave, pero verá, lo que voy a decirle es real, no tengo ni la fuerza ni la creatividad para inventar algo así, señor. Escriba todo, a ver si puede ayudarme, porque yo no, yo no puedo. Y présteme atención, que voy a comenzar por el principio, a las 5:58 de la mañana de ayer, hora en la que me despierto yo todos los días y preparo el desayuno para mí y para Concepción. Ayer fue miércoles, día de huevos revueltos con jamón. Bueno, para ella es día de huevos revueltos con jamón, para mí es día de claras revueltas sin jamón, así ha dicho el doctor y ya ve que al doctor hay que hacerle caso. El corazón, ¿sabe? Y con Concepción uno tiene que cumplir las indicaciones del médico al pie de la letra; se da cuenta de todo y la verdad ya uno se cansa de que le regañen “no le echés tanta sal, Milo”, “no comas tocino, Milo”, “el café lo tomas sin crema, Milo”, ya se cansa uno y después del infarto yo mismo me tomé más en serio lo que decían Concepción y los doctores.

Ella sí que no sufre de nada. Tendrá 83 años en el DNI, pero por dentro tiene los órganos de una jovencita. No importa si le da neumonía o alguna de esas enfermedades modernas y graves, siempre se cura. Un par de veces ha estado a punto de morir, la vieja, pero ahí ve la manera de volver. Diría que es como el ave fénix, esa que renace de sus cenizas, pero creo que a ella se le aplica más ese refrán de “hierba mala nunca muere”. Por eso estoy acá, jefe, porque sé que mi esposa está en algún lugar y que puedo encontrarla, esa vieja no se muere así nomás. Ya voy, le juro que ya voy a la cuestión. Como le decía, después de hacerle los huevos a Concepción, fui a su cuarto a despertarla. Sí, hace como diez años que dormimos en cuartos separados, es que ronco mucho, ¿ve? y no la dejaba dormir a Concepción. Así que me llevé la cama al cuarto del costado para no molestarla. ¿Que cómo me hizo sentir esto? No me importó mucho. La verdad, me alivió cambiarme de cuarto. Las novelas que ve mi mujer antes de dormir no me dejan concentrarme en mis libros, y yo prefiero leer en vez de ver televisión antes de dormir. Así que ya ve, los dos ganamos con el cambio.

Cuando nos sentamos a desayunar, Concepción —que, como siempre, se había levantado de mal humor— empezó con las quejas más temprano que de costumbre. Pero, ¿qué es esto? ¡Sal con huevo! Tú me quieres matar, ¿no? Estarás envidioso —me decía— de que a mí el corazón me funciona bien y quieres taparme las arterias con

sal y grasa. Mire, la verdad yo no sé si la sal tapa las arterias, pero a ver hágale usted saber a mi mujer qué causa en realidad la enfermedad del corazón. Y así, que el café está amargo, que los huevos muy salados, que el jugo está espeso y las tostadas, frías. No le voy a mentir, esto ya me colma. Yo me despierto temprano, preparo el desayuno, la despierto a ella para que coma caliente y ya ve usted todo el veneno que me lanza. Y ni le puedo contestar porque me sale con unas... que ya mejor me quedo callado. Y ese día no le dije nada, habrá tenido pesadillas, qué habrá pasado que se ha levantado tan malhumorada. Bueno, igual se lo comió todo. Esa Concepción no pierde el apetito por nada del mundo. En eso, cuando estoy lavando los platos, la escucho toser. Me volteo y ahí está mi mujer toda colorada, no puede hablar y se agarra el cuello, me señala la boca. Se está ahogando, carajo. Yo por un segundo dije acá se queda la vieja, acá me libro. Pero no, jefe. Podré estar harto, pero no soy un monstruo, ¿ve usted? Así que voy y le aprieto acá abajo del pecho, le aprieto desde atrás, le hago la maniobra, ¿ve? y ¿qué le sale de la boca? Una cucaracha. ¡Una cucaracha enorme! Y seguía viva, la desgraciada. No, no apunte eso. Me refiero a la cucaracha. La cucaracha seguía viva. Mi mujer obviamente también, asustadísima la pobre, pero viva. ¡Claro! ¡Yo también me pregunto lo mismo! No tengo la más remota idea de cómo habrá llegado la cucaracha ahí, si yo cocino con los más altos estándares de higiene, como esos restaurantes de las estrellas Mochilenes, Michelenas, las estrellas esas. Y mi mujer será de buen diente, pero no es tan marabunta como para confundir una cucaracha con un pedazo de chocolate o de pan quemado.

Continúo. Después de sacarle del pecho la cucaracha viva a mi mujer, se fue refunfuñando no sé qué cosas, creo que me maldecía, creo que me echaba la culpa de que casi se muriera atragantada, no sé. Yo me quedé en la cocina lavando los platos. Ni gracias me dijo, la muy ingrata. Bueno, eso no es raro. Nunca me agradece. Pero ¡no decirme nada por salvarle la vida! No eran ni las siete de la mañana y yo ya estaba como si me llevara el diablo, pero me controlé. El corazón. Después de terminar con la cocina, tocaba limpiar la casa, como todos los miércoles. El resto de los días de la semana, terminando el desayuno nos sentamos en la sala, ella con su tejido y yo con mis crucigramas, me compro esas revistas llenas de crucigramas para que no se me acaben. Pero ayer era miércoles, así que nos dividimos la limpieza como siempre: yo los baños, la cocina, la sala y mi dormitorio. Ella, el suyo.

Cuando Concepción terminó de limpiar su cuarto, yo recién iba por el baño. Y ya la tengo atrás de la oreja diciéndome que así no, que te falta ahí, que todo se ve más sucio que antes, que yo no me voy a bañar en esa ducha asquerosa. Acababa de empezar, jefe. Y la vieja ya estaba ahí, haciendo lo suyo, que es requintar. A punto estuve de tirarle la botella de lejía encima. No lo hice nomás porque me imaginé qué me haría en venganza; ahí como la ve en esta foto, con su sonrisita de mátalas callando, es capaz de las venganzas más elaboradas y despiadadas, a veces me la imagino como un adolescente rebelde,

¿sabe? Una vez, hace años se molestó conmigo porque puse mal la mesa: el tenedor a la derecha y el cuchillo a la izquierda. Teníamos invitados y a mi esposa no le gusta quedar mal, no le gusta parecer poco educada. Yo ni cuenta me doy, pero ella me llama a la cocina y me empieza a gritar con voz muy baja que cómo se te ocurre, que qué van a decir y que yo soy la que queda como una salvaje que no sabe acomodar los cubiertos. Pucha diablo. Felizmente, dije, ahí dejó la cosa. Pero a los dos o tres días, me despierto a la hora de siempre y voy al baño a lavarme. Agarro la pasta de dientes, la pongo en el cepillo y empiezo con mi minuto y medio de limpieza. Pero algo no estaba bien, la pasta no sabía como siempre, estaba como más densa, con un gusto extraño. Bueno, tal vez es la edad, dije, ¿no? Escupí, me enjuagué, con un poco de asco, pero ya, nada grave. Después me echo la crema de las hemorroides porque tengo una que no se me va, jefe, ¿ya ve? y tengo que estar en tratamiento largo, ya me han operado un par de veces y vuelve a salir, la condenada. Me echo la crema y ¡sssssayyyyyy!, que me arde como el diablo, achasamá. Me metí a la ducha así como estaba, con pijama y todo a tirarme agua fría, se me salían las lágrimas, gritaba, no podía más. Salgo del baño y me la encuentro a la vieja con una sonrisa que no sé cómo describir, como macabra. Y me dice para que veas la importancia de no cambiar las cosas de sitio. ¿Se da cuenta? Eso no es de Dios, jefe. No es de Dios.

Sí, sí, disculpe. Me pasa mucho eso, que me voy por las ramas. No sé si es la vejez o la falta de compañía que me hace así, que hablo de más. Pero es parte de la historia, qué le puedo hacer. Bueno, prosigo. No le tiré la botella de lejía por miedo, porque ganas no me faltaban. Termino de limpiar mi parte, que es casi toda la casa y vamos por el paseo matinal, eran las diez de la mañana. Todos los días a esa hora salimos a dar unas vueltas por el barrio, a tomar el fresco, nos sentamos en una banca en el parque y, sin hablar, miramos los árboles, las palomas, los carros que pasan. Aunque de vez en cuando Concepción interrumpe el silencio para empezar con que qué asco las palomas, las ratas voladoras, pan con veneno deberíamos traer. Y yo asiento, porque para qué darle la contra, ¿eh? Ya tendrá una idea usted de cómo es mi señora.

Y ayer salimos a pasear, pues. No había casi nadie en la calle. Las pocas personas que vimos estaban entrando a sus casas. Ni un solo carro, nada más gente apurada, como ansiosa por no estar afuera. Raro, bien raro. La Concepción, feliz. No le gusta mucho cruzarse con gente ni tener esas conversaciones cortas que a nadie le interesa tener, pero que le alegran el día a uno. No, a ella no le alegra el día nada, salvo ver a alguien sacándose la mugre en la vereda, o pasándola mal. Le incomoda ser cortés con gente con la que le da igual ser cortés o no. Si no va a sacar nada de su amabilidad, no es amable.

Tan vacía estaba la calle ayer, usted sabrá, que hasta podía uno cruzar la pista con el semáforo en rojo y por la mitad de la cuadra. Estábamos a nuestras anchas, ella porque no tenía que saludar a las vecinas y yo porque no tenía que preocuparme de que me

atropellaran, toda la calle era para nosotros solos. Voy a confesar que a mí sí me dio un poco de reparo, pero no le di tanta importancia al comienzo.

Y aquí fue cuando me di cuenta, señor policía, de que mi mujer puede ser cruel. Porque una cosa es que se moleste conmigo y que me trate mal porque, al final, soy una persona que puede defenderse. Pero ayer ya se pasó de la raya con la maldad. Porque eso, jefe, es maldad. Nos cruzamos con un perro. El perro se paró, no dijo nada, solo nos miró mientras nos bloqueaba el paso. Nos quedamos mirándolo también. Ladró. Un ladrido. A mí me pareció que ese ladrido era amigable, que estaba tratando de decirnos algo, pero de buena gana. No sé qué habrá entendido Concepción, pero lo empezó a agarrar a bastonazos. A mí no me ladra ningún perro y zas, zas, zas, con el bastón. Y se fue tranquila, jefe, como si no hubiera pasado nada. Ni un mechón de la peluca se le movió. Yo no sabía qué hacer, estaba a punto de gritarle el abecedario completo, pero me amenazó a mí también con el bastón. Mis huesos ya no aguantan, jefe. Así que me quedé callado. Pobre perro, caray. No había hecho nada, estaría más asustado que nadie y lo muelen a palos. Pobre perro, caray.

Seguimos caminando y la gente sigue desapareciendo. No solo eso, sino que todos cierran las ventanas, las cortinas. Raro, no es hora de siesta, me digo, pero ya ve, todos se encierran. Ahí debimos notar que algo no estaba bien, pero Concepción insistía en disfrutar de las calles desiertas. No sabíamos qué estaba pasando porque hace muchos años que no vemos las noticias ni nos detenemos a leer los diarios, ya cuando uno tiene nuestra edad es mejor no enterarse de las barbaridades del mundo, ¿sabe?, así que hemos dejado de prender la tele a la hora del noticiero y evitamos a toda costa toparnos con cualquier noticia de actualidad. Si hay algo realmente grave que tengamos que saber, nos enteraremos, decimos. Pero equivocados estábamos, pues. Al parecer, uno no se entera de todo lo grave.

Sí, ya voy a terminar, todo lo que le digo es importante, un poco de paciencia por favor. Si no cuento la historia completa no va a crearme y va a pensar que yo tengo algo que ver con esto. Pero ya le digo que no, que no estoy ocultando nada. Nos sentamos en la banca de siempre, pero no callamos como siempre. Concepción empezó a quejarse de que hay mucho sol, pero hace mucho frío en la sombra. Que esto está muy silencioso y parece un cementerio, pero que ni se aparezca la vecina con su hija la rabietuda y su perro que solo se mea y se caga por todas partes. Que el desayuno que preparaste se me ha quedado en el diente, si tuve que botar la mitad a la basura porque era una porquería, que no sé qué, que no sé cuántos. Ya yo no sabía dónde meterla, nunca había estado tan pesada la mujer. Y le digo que NUNCA, porque será antipática y renegona pero ayer ya se ganaba un premio. ¡Ufff!

Y bueno, nos vamos a buscar un café para que la mujer comiera. No quería regresar a casa a que yo le preparara algo porque después de ese desayuno, ni muerta pruebo

algo hecho por ti, ya te estás poniendo viejo. No es la primera vez que me dice eso y basta con que llegue la hora de almuerzo para que hasta lama el plato, no le digo que come como yo cuando era chico... Entonces vamos de café en café y todos cerrados. Por ahí alguno tenía colgado un cartelito "Cerrado por vientos". Uy, ni le cuento cómo se puso Concepción. O sí, sí le cuento, tengo que contarle porque es importante para su reporte. Sacó agilidad no sé de dónde y se puso a patear tanto la puerta que casi se la tumba. Insultaba a los dueños, gritaba, golpeaba y daba de patadas, ¡qué vergüenza! Felizmente que no había nadie cerca y felizmente que nadie abrió. Todos, como sabe, todos estaban escondidos.

Pero las cosas no estaban tan en calma como pensábamos. En medio de la pataleta de mi mujer, algo escuchamos. Nos quedamos callados. Nada. Siguió haciendo su escándalo y ahí estaba de nuevo. Como un aullido. Volvemos a callar y ahora sí lo escuchamos. Un aullido, como de lobo, pero no, no era un animal, porque hacía retumbar las lunas de los edificios. Ahí Concepción se asustó. Yo también. Ninguno de los dos tenía idea de lo que pasaba, no estábamos preparados. Ya le digo que, si hubiéramos sabido, no habríamos estado en la calle a esas horas, nos habríamos ocultado como todo el mundo. Y el aullido se hace más fuerte, y lo notamos, no es un animal es el viento. Ya no tendría que contarle más, de esto usted ya sabe. Todo el mundo sabe.

Y cuando estamos pensando a dónde ir, mirando a un lado y al otro, vemos pasar al perro que mi mujer había golpeado hacía un rato. Pasó volando, llevado por el viento. Y le digo que no lo imaginé, no era un tacho de basura ni un arbusto, ¡sí hasta nos guiñó el ojo! Concepción también lo vio y gritó ¡maldito perro, ojalá te pudras en el infierno! Y el perro siguió volando. Por eso sé que no me lo imaginé. El viento estaba tan fuerte que se lo llevó, desapareció. La vieja me gritaba que hiciera algo, que la cargara, que abriera la puerta, inútil, siempre me tengo que encargar yo de todo, chillaba. Pero usted vio qué fuerte estaba el viento, ¿cómo iba yo a hacer algo? En eso, se empieza a tambalear. Se estaba yendo también. Ahí fue cuando me clavó las uñas en el brazo, en un intento desesperadísimo de no salir volando. La verdad es que yo no pensé que esto fuera posible, porque la vieja flaquita no es, pero no crea que no quise ayudarla, yo la veía tambalearse y sabía que no podía sola, que tenía que hacer algo.

Y viene otro ventarrón y me clava más fuerte las uñas. Esto, jefe, le juro que fue un reflejo, no fue a propósito como podrá creer. Me sangraba el brazo, jefe, creo que cualquiera habría reaccionado igual. Mire, acá tengo las marcas. Me clavó las uñas y mi instinto fue sacudirme. Y la vieja no aguantó, pues. No pudo agarrarse bien de mí. ¡Se perdió!

Por eso vengo yo ahora a buscarla acá a la comisaría.

Porque salió volando, igualito que el perro.